

## ENSAYO

### NIETZSCHE, LATINOAMÉRICA Y LA AFIRMACIÓN DE LO PROPIO

Susana Münnich Busch\*

El trabajo se centra en el análisis que hizo Nietzsche en *La Voluntad de Poder* de la oposición entre el mundo en que efectivamente los hombres llevamos nuestras vidas y el mundo imaginario del "más allá".

Creemos que la filosofía debe orientarse hacia lo propio, y que sin esa orientación arriesga la vaciedad. El mencionado pensamiento de Nietzsche, pues, se entiende como un medio de apropiación a lo propio latinoamericano. La aplicación muestra que la reconocida falta de centro de la vida latinoamericana se deja entender a partir de los tres conceptos con que Nietzsche explicó la creación del mundo imaginario del "más allá": el temor al cambio y al dolor, la voluntad de la nada y la constitución del espíritu humano. Pensamos que el desarrollo de estos conceptos en nuestro contexto ayuda a entender algunas peculiaridades nuestras reconocidas desde siempre, pero raramente sistematizadas.

"Lo más difícil es ver un problema en aquello mismo que constituye nuestra vida y nuestros hábitos: el ojo no está conformado para ello".

Nietzsche, V. P.<sup>1</sup> af. 275

Lo Propio es una tarea. Se hace desde, hacia y para la propia comunidad. Pero suele ocurrir que la propia comunidad no viva esto Propio, y que mientras más trabaja uno en ello, menos se identifica con los valores que ella expresamente vive. El propio pueblo se es-

\* Licenciada en Filosofía; Centro de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

1 Para este trabajo utilizaremos la edición Aguilar, de las Obras Completas de Nietzsche. (Buenos Aires: 1962.) Conscientes de los defectos de esta traducción, haremos las correcciones pertinentes, utilizando para este efecto la edición alemana Kröner Verlag, 1964. Usaremos la Fórmula V. P. como abreviatura de *La Voluntad de Poder*.

mera continuamente en negarse a lo Propio. No asume, ni acepta aquello que es, vive en una ilusión de sí mismo. Pero aun cuando el que emprende vivir desde lo Propio no se identifica con los sueños de los suyos, le importan sus destinos, sus dolores y sus alegrías. Nietzsche diría: "Lo Propio se hace y desarrolla cuando un pueblo afirma aquello que quiere y necesita ser, cuando ama la vida, la libertad y el juego".

Nietzsche, hay que decirlo, niega la propiedad y verdad de lo Propio. Las niega, en cuanto este Propio pretende ser el fundamento esencial y verdadero de lo impropio. Niega lo Propio, porque esta categoría busca oponer un mundo de verdad a otro falso. Lo Propio para la tradición filosófico-cristiana es el reino de la verdad, de la justicia, de Dios y lo impropio es nuestro mundo terrenal de apariencia y muerte. Con el propósito de afirmar este mundo de apariencia, Nietzsche invierte la relación propio/impropio y así lo Propio pasa a ser el propio suelo, el propio aire, la propia muerte, la propia tarea.

Nietzsche primero, después Heidegger, planteó la necesidad de que los pueblos reflexionaran sobre su propia realidad. Material de reflexión sería la relación con el propio suelo, con el propio gobierno, con las propias valoraciones, con la propia cultura.

Estimamos los esfuerzos que se han hecho en el campo del arte y de las ciencias humanas latinoamericanas para conocer y trabajar lo Propio. Muy diferente es la realidad en el campo de la filosofía. La verdad es que en el área filosófica existe casi total despreocupación y desinterés por lo Propio. Ni en las publicaciones ni en los programas de la enseñanza universitaria ni menos al nivel de la enseñanza primaria o secundaria se hallan huellas de un serio interés por lo Propio. Se objetará que ello es natural, puesto que no existe una tradición filosófica latinoamericana, pero es evidente que, en ese predicamento, jamás la habrá. El pensamiento filosófico surge de la necesidad concreta y real de los pueblos por estudiar su propia realidad. Aparece cuando el Todo de nuestra realidad se convierte en materia de interrogante. Resulta paradójico, por no decir risible, que uno de los estudios más interesantes sobre nuestra realidad latinoamericana sea el del Conde Kayserling, quien, ciertamente, proyectó sus prejuicios europeos al continente latinoamericano.

Para todo profesional latinoamericano de la filosofía resulta una complejidad abrumadora la reflexión sobre lo Propio. Ante la dificultad, decide abandonar el propio suelo (reflexivamente, se entiende) para emigrar a territorios en donde se despliegan filosofías desarrolladas. Pero aun cuando nuestro interés emigre hacia territorios extranjeros, persiste dolorosamente la realidad efectiva de que somos latinoamericanos. Esto suscita una dialéctica de dos mundos: el mundo en donde nos movemos, respiramos, amamos, procreamos, construimos nuestras casas, nos alimentamos, ganamos nuestro dinero, envejecemos, morimos, y el mundo extranjero en el que se desarrolla nuestro pensamiento.

Continuamos así, sin quererlo, ni reconocerlo, una tradición filosófica que se origina en el pensamiento platónico y que continúa con pequeñas alteraciones hasta la dialéctica kantiana. Diferenciamos dos mundos. Por una parte el mundo en que material y culturalmente vivimos, de la experiencia, de la injusticia, de lo irracional, y, por otra, el mundo extranjero, de lo inteligible, de la cosa en sí, de la razón, de la justicia, de la verdad. El mundo extranjero no puede estar en contradicción consigo mismo, no puede cambiar, devenir, no tiene origen ni fin, es el mundo de Dios. El nuestro es un mundo contradictorio, en el que todo cambia, en el que nada permanece.

En *La Voluntad de Poder*, Nietzsche realiza un ingenioso estudio sobre la oposición platónico-cristiana de dos mundos. Conscientes de que nuevamente nos estamos sirviendo de un modelo extranjero, intentaremos proyectar esta interpretación a nuestro modo de pensar latinoamericano.<sup>2</sup> Coincidimos con Nietzsche en pensar que en esta dualidad de dos mundos hay una valoración moral implícita que desprecia lo Propio en relación a lo ajeno.

Nietzsche sostiene que la invención cristiana de un mundo imaginario de verdad y bondad tiene tres orígenes: el temor al cambio y al dolor, el nihilismo y la constitución intelectual del hombre. En relación al temor del sufrimiento, compartimos la afirmación nietzscheana de que "los hombres bravos y creadores no consideran jamás la alegría y el sufrimiento como cuestiones de valores últimos, son fenómenos secundarios: es preciso quererlos a ambos, el dolor y el placer, si se quiere alcanzar algo". (Nietzsche, V. P., p. 222.)

Admitamos con Nietzsche que las seducciones que surgen de esta dualidad son de tres especies:

- 1 Un mundo desconocido: somos aventureros, curiosos, lo conocido nos fatiga.
- 2 Un mundo en el que todo fuera diferente, en el que quizá nosotros también podríamos ser diferentes.
- 3 Un mundo verdad. El mundo verdad debe ser también un mundo verdadero. (V. P., p. 228.)

Consecuentemente, piensa Nietzsche que escapamos de lo Propio de tres modos diferentes: con nuestra curiosidad, con nuestra falta de aceptación y con nuestra simpatía y estimación.

- 2 La aplicación de categorías nietzscheanas a la realidad latinoamericana es dialéctica, puesto que sirve tanto para aclarar la realidad latinoamericana, como también para entender algunos aspectos importantes del pensamiento nietzscheano, como el Eterno Retorno, que hasta ahora no ha sido cabalmente comprendido por el pensamiento europeo. Sucede entonces que Latinoamérica, bien entendida, puede ser una guía en la comprensión de ciertos textos filosóficos.

Revisemos estas seducciones.

1 Un mundo desconocido lleno de interés. La escasez de investigaciones sobre nuestra realidad revela que no consideramos digno de nuestro interés el mundo propio.<sup>3</sup> Mucho más importante que el conocimiento de nosotros mismos nos parece el conocimiento de lo ajeno. Nos hacemos cargo de las nuevas modas filosóficas en un abrir y cerrar de ojos. Pasamos tranquilamente del existencialismo al estructuralismo y luego a la desconstrucción de la filosofía. Olfateamos la novedad de ciertos nuevos términos filosóficos y los incorporamos rápidamente a nuestro vocabulario, sin sospechar siquiera la carga que ellos suponen. Sólo reconocemos definitivamente la autoridad y el genio de algún poeta, novelista o pensador latinoamericano cuando ha sido consagrado en el exterior. Nos es difícil ser jueces de nosotros mismos porque desvalorizamos lo Propio; podemos, en cambio, ser excelentes jueces de lo ajeno, porque lo respetamos.

Habría que preguntarse si no fuera mejor hacer de lo más inmediato una aventura. Pero la aventura que implica hacer de nuestro suelo nuestra preocupación es demasiado peligrosa. Sentimos gran temor de perdernos en la empresa. Está fresco el recuerdo de algunos poetas y novelistas latinoamericanos, a quienes les significó un serio riesgo hacer de su propia realidad una aventura. Algunos de ellos son: Gabriela Mistral, César Vallejo, Juan Rulfo, José María Arguedas. El riesgo puede descomponerse en soledad, pobreza, exilio, hambre. En el caso de los investigadores de la filosofía también está presente la fatiga. Tanto esfuerzo y energía empleados en el estudio del griego y del latín, el manejo de unos cuantos idiomas, y de complejos textos filosóficos, para tirar todo esto por la borda en la preocupación de la propia realidad, a la que muy pocas excepciones han intentado hincarle el diente.

- 3 Entusiasma la investigación de Humberto Giannini "El lenguaje de la ira" en *Desde las Palabras* (Ediciones Nueva Universidad, Santiago: 1981). Este artículo intenta descubrir en el lenguaje escatológico chileno una valoración de la realidad. De extraordinario interés nos parece la excelente investigación sobre el ser mestizo del hombre latinoamericano en *Diferencias Latinoamericanas* de Jorge Guzmán. (Ed. del Centro de Estudios Humanísticos, Santiago: 1984.)

Una de las diferencias que trabaja Jorge Guzmán es la oposición blanco/negro, diferencia de la cual encontramos antecedentes en el propio Nietzsche. En *La Genealogía de la moral*, Nietzsche denuncia la connotación racial en el concepto bueno, puesto que la palabra refiere a la clase dominante, a los poderosos, a los rubios. Lo más notable del trabajo de Nietzsche es la identificación del latín *malus* con el griego *melás*, que significa negro. "El autóctono preario del suelo itálico se distinguiría más claramente por su color sombrío de la raza dominante, de la raza de los conquistadores arios, de cabellos rubios. . . El bueno, el noble, el puro significaría en su origen: la cabeza rubia, en oposición al autóctono de cabello negro y moreno". (*La Genealogía de la moral*, Aguilar, Buenos Aires: 1962, p. 601.)

Pero nuestro espíritu aventurero en relación a la propia realidad es escaso. La famosa proposición socrática "Conócete a ti mismo" sólo puede tener sentido, como aseguraba Hegel, si es referida al conocimiento de nuestra circunstancia. El hombre sólo se conoce a sí mismo en cuanto conoce el mundo. Cada nuevo objeto observado crea un nuevo órgano.<sup>4</sup> Y todo conocedor de Hegel sabe que el pensador alemán no hablaba en el vacío, sino que se refería concretamente al compromiso de un alemán con su propio pueblo.

2 Un mundo en el que todo fuera diferente, en el que nosotros también fuéramos diferentes.

Cansados de nosotros mismos, de nuestras imposibilidades y subdesarrollo, miramos con envidia y respeto el mundo culto desarrollado. Estimamos que ese mundo nos ofrece atractivas posibilidades de éxito, ausentes de nuestro medio. No pocos investigadores latinoamericanos emigran hacia países desarrollados, porque esperan hallar en esos lugares una identidad que aquí no encuentran. Este proyecto se estrella contra la evidencia de que en el exterior no se logra ser diferente, porque es muy difícil hacer propios el aire, la tierra, la lengua y las valoraciones de un lugar ajeno. Se vive en la nostalgia de las empanadas, de las ferias callejeras, de los vendedores ambulantes, del olor a cochayuyo, del sol, de la luz, de la cordillera, del mar, de la cordialidad, generosidad y hospitalidad de los latinoamericanos. Esta nostalgia se compensa con la fuerte impresión y admiración que despiertan en nuestros corazones el orden, la limpieza, la eficiencia y el desarrollo de la técnica.

Anhelamos ser diferentes de aquello que somos, pero si no conocemos nuestra identidad, ¿cómo podemos buscar ser diferentes? ¿Diferentes de quiénes? Es manifiesto que en la diferencia esperamos encontrar nuestra identidad.

Si permanecemos físicamente en nuestro país, buscamos nuestra identidad en modelos foráneos. Tenemos la certeza de que los filósofos, e incluso los investigadores de la filosofía de países desarrollados han hallado una identidad que nosotros no tenemos. Creemos que ellos han encontrado las respuestas a las preguntas fundamentales de la filosofía. Querríamos ser como ellos, caminar con paso seguro y elástico en el terreno de la filosofía. Ignoramos que ellos también inventan mundos ilusorios en la esperanza de que todo sea distinto. Sin embargo, hay una diferencia entre nosotros, latinoamericanos y los profesionales de la filosofía de países desarrollados; ellos tienen una historia, una tradición filosófica, y nosotros, la de ellos.

Es así como el imperativo categórico se constituye en nuestra norma moral de vida (teórica por supuesto), el psicoanálisis freudiano en una pauta para entendernos a nosotros mismos, el juego nietzscheano en nuestro concepto de libertad y la felicidad aris-

4 Karl Löwith *De Hegel a Nietzsche* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires: 1968, p. 27).

totélica en un objetivo a alcanzar. Intentamos olvidar que estas doctrinas y categorías pertenecen a una diferente tradición cultural.

Después de Nietzsche, la filosofía postuló que una de sus tareas era conocer las valoraciones que subyacen en los valores. El objetivo tiene plena justificación en la filosofía europea, pero ninguna en Latinoamérica, porque, ¿cómo conocer las valoraciones que hay tras los valores, cuando ni siquiera conocemos nuestros valores?

Nos seduce el mundo filosófico desarrollado, porque sería hermoso formar parte de una tradición filosófica, en la que nos incorporáramos, como un eslabón más, a la larga cadena del pensamiento filosófico. Pero ello es imposible, hay que aceptar y asumir que en Latinoamérica no existe una cultura filosófica propiamente latinoamericana.

3 Un mundo verdad, que no se contradiga, que no cambie.

¿Es que el mundo ajeno no cambia? Sí cambia, pero nosotros no incorporamos este cambio a nuestro conocimiento. Cuando somos serios en nuestra investigación filosófica estudiamos la circunstancia histórica en que se desarrollaron las doctrinas filosóficas; conocemos que Spinoza, Kant, Hegel, Nietzsche vivieron situaciones históricas conflictivas, pero este conocimiento no nos parece que altera la inmutabilidad y permanencia de la verdad de sus filosofías. Paradójicamente el acontecer histórico pasa a ser una categoría más de inmutabilidad y verdad. Surge entonces el extraño fenómeno de que mediante estas filosofías, que consideramos inmutables en su verdad, logramos inmovilizar también nuestra propia realidad. Porque estudiar filosofía es casi como asistir al cine, en cuya pantalla se proyectan escenas de vidas reales, de seres de carne y hueso, comprometidos con su suelo y su pueblo, que si bien nos arrancan algunas lágrimas emocionadas, alteran muy poco nuestro acontecer diario.

Estas películas narran el "desarrollo" de verdades inmutables y permanentes. El cine filosófico es el cine verdad. Pero pregúntemonos con Nietzsche:

"El mundo verdad. ¿Pero quién nos dice, en suma, que el mundo apariencia haya de tener menos valor que el mundo verdad? ¿No contradice nuestro instinto este juicio? ¿El hombre no se crea eternamente un mundo imaginario porque quiere poseer un mundo mejor que la realidad? Ante todo ¿cómo llegamos a la idea de que nuestro mundo no es el verdadero mundo? . . . ¿Por último, quién nos da derecho de fijar en cierto modo grados de realidad?" (V. P., p. 228.)

Es cierto que en estas formulaciones Nietzsche parecía tener un objetivo diferente del nuestro, criticar la concepción cristiana de un más allá, de un mundo verdad opuesto a la realidad empírica. Pero la diferencia no es tal porque nosotros también despreciamos nuestra realidad fenoménica en pro de un mundo X.

La diferencia es simplemente de grados de realidad. El filósofo de la tradición europea cristiana se inventa un mundo de permanencia y escapa de su propia realidad empírica de cambio y de muerte. Nosotros los latinoamericanos, en vez de proyectar nuestros sueños de inmutabilidad y verdad a un más allá, infinitamente distante, nos contentamos con viajar reflexivamente a Europa o los EE. UU. Los grados de realidad serían los siguientes: Primero, en el estrato más bajo, estaría nuestra realidad existencial de cambio y sufrimiento permanente, luego la inmutable, histórica tradición filosófica europea, y por último el mundo absolutamente inmutable de Dios y de la cosa en sí. Se cumple así la visión nietzscheana de un conocimiento metafórico, en el que nuestro mundo latinoamericano vendría a ser la metáfora de la metáfora.

Sarah Kofman en su excelente trabajo *Nietzsche et la métaphore*<sup>5</sup> sostiene que la noción de metáfora es fundamental en los primeros textos de Nietzsche, porque sirve para la desconstrucción de lo Propio, pero que en los textos nietzscheanos posteriores, la noción de metáfora pierde su importancia estratégica para ser sustituida por la de interpretación. La noción de metáfora es inadecuada porque remite a lo Propio y Nietzsche busca negar lo Propio.

Es de una importancia fundamental para la comprensión del pensamiento de Nietzsche entender lo que significa la negación de lo Propio. Esta negación está ligada al problema de la verdad. La verdad no existe en cuanto se cree en ella como algo fijo, permanente y eterno.<sup>6</sup> Lo Propio como mundo verdad no existe, sólo existen

5 Payot, París: 1972, pp. 25-30.

6 Nietzsche denuncia el carácter convencional de la verdad, pero no por ello pretende restarle significación y utilidad. Por el contrario, declara que la verdad es un error necesario. "Lo necesario es que algo deba ser tenido por verdadero, no que algo sea verdadero". (V. P. af. 506.) Lo que Heidegger traduce: "Es necesario que la verdad sea, pero la verdad de esta verdad no es necesario que sea verdadera". (*Nietzsche* Editions Gallimard, París: 1971, p. 419.) La esencia de la verdad consiste en una evaluación, y evaluar significa apreciar una cosa como valor y ponerlo como tal. Es necesario que la verdad sea, es necesario que se crea en la propia evaluación, porque de lo contrario se nihiliza la vida. Por ello, Nietzsche insiste en que aquello que es creído, tenido por verdadero, puede muy bien no serlo. Es suficiente que sea creído, mejor aún si es creído sin condiciones. Es obvio que no cualquiera evaluación o interpretación sirve a la vida y a la propia comunidad. Hay dos tipos de evaluaciones, aquellas que buscan afirmar la vida y aquellas que reaccionan contra ella. Toda interpretación es un símbolo de engrandecimiento o decadencia. Nietzsche les reprocha al conocimiento y a la voluntad de verdad su pretensión de oponerse a la vida. Esta oposición entre el conocimiento y la vida es expresión de un síntoma, de una vida que contradice la vida. Nietzsche propone que el pensamiento sirva a la vida. Pensar sería descubrir e inventar nuevas posibilidades de vida.

Si el mundo no es más que devenir, que tiene su ser en lo más fugitivo, la verdad como algo firmemente establecido será una pura fijación de aque-

interpretaciones que afirman la vida o que la niegan. Pero, y este pero es decisivo, aun cuando la verdad en sentido estricto no existe, es un valor, una fe, una creencia, una afirmación para aquel que la sostiene. Por ello, Nietzsche usa como metáfora de la libertad el juego del niño. El niño cree en su juego, aun cuando sabe que su juego es juego. La fe en aquello que hace le permite inventar, crear nuevas formas, transformar el objeto de sus juegos e incluso destruirlo cuando ya no sirve. El juego transforma y recrea la realidad.

Si la verdad es una ilusión, si no es algo que esté allí y que haya que encontrar y descubrir, sino algo que hay que crear, entonces lo Propio como mundo verdad es también una ilusión.

Nosotros los latinoamericanos procedemos de la misma forma que la tradición filosófica cristiana cuando intentamos identificar lo Propio con un mundo imaginario de verdad. Cuando se identifica lo Propio con la verdad, lo más Propio es el mundo de la cosa en sí, de la verdad eterna. Algo menos Propio resulta ser el mundo de la tradición filosófica europea y nosotros, latinoamericanos, pasamos a ser lo absolutamente impropio. De este modo somos un reflejo de lo Propio, una metáfora del mundo verdad. Pero como la tradición filosófica es a su vez metáfora de otro Propio, somos la metáfora de la metáfora, o lo impropio de lo impropio.

Esta dificultad desaparece en cuanto se entiende que lo Propio no es la Verdad, sino una tarea y una afirmación desde y hacia la propia comunidad.

La conclusión que extrae Nietzsche de su análisis de un mundo-verdad inmutable, eterno y sin contradicciones es digna de meditación: "En resumen: el mundo X podría bajo todos los aspectos

llo que deviene y esta fijación lo falseará y deformará. Es así como la verdad se convierte en error, en una ilusión. Aquello que en un primer momento se entendió como una convención necesaria termina siendo una verdad inamovible y eterna. Por ello, asegura Nietzsche que se debe transformar la creencia "una cosa es así o asá" en la voluntad "la cosa debe devenir así o asá". (V. P., af. 590.)

La Vida es para Nietzsche caos, devenir, y aquello que mejor expresa su verdad es el Arte. Heidegger asegura que Nietzsche incluye en el Arte no sólo a los géneros artísticos comunes, sino a toda forma que exprese la Vida y sus posibilidades superiores. En este sentido, la filosofía también sería Arte. La verdad fija el caos, y en virtud de esa fijación del devenir, ella es pura apariencia. El Arte, en cambio, libera aquello que deviene en su devenir y en este sentido expresa la verdad del mundo. La verdad en tanto tener por verdadero es un error necesario. La verdad en tanto acuerdo con el devenir es apariencia, aunque creadora y reveladora.

Pero, se pregunta Heidegger, ¿si la verdad es acuerdo con el devenir, no es todo error y apariencia? ¿No son todas las diferentes verdades, diferentes tipos de errores? ¿Es que entonces sólo existe ilusión y apariencia? A lo que el mismo Heidegger responde con Nietzsche: "En la supresión del mundo verdadero, también se suprime el mundo aparente". (p. 485.)



ser más enojoso, más inhumano y más indigno que este mundo". (V. P., p. 228.)

Señalábamos que la invención de un mundo imaginario de verdad y bondad tiene tres orígenes: la constitución intelectual del hombre, el temor del cambio y la voluntad de la nada.

En relación al primer punto, Nietzsche postula que las categorías lógicas son una causa de la invención de dos mundos. El lenguaje separa y aísla aquello que en la realidad está unido. El hombre al ver que las cosas desaparecen y mueren concibe la idea de que debe existir un mundo diferente en el que las cosas permanecen inalterables. Nuestra confianza en los principios lógicos de identidad, contradicción nos obliga a pensar que las cosas sólo existen en relación a sus opuestos. No puedo imaginar A si no imagino B. No puedo concebir un mundo de devenir, si no imagino otro inmóvil.

Lo que Hegel observaba como un error histórico, el pensamiento dual que separa la materia de la forma, el alma del cuerpo, el concepto del ser, el sujeto del objeto, que implica una elección a la manera kierkegaardiana "O lo uno o lo Otro", y que tiene origen en las determinaciones del intelecto, que deben ser superadas en la razón dialéctica,<sup>7</sup> Nietzsche lo atribuía a la constitución misma del conocimiento humano.

"Nuestro intelecto no está organizado para la comprensión del devenir: se esfuerza por demostrar la general rigidez, en virtud de su origen imaginativo. Todos los filósofos han perseguido el mismo fin; demostrar el eterno ser, porque el intelecto encuentra en él su forma y su acción propia".

"El error es el supuesto del conocer. Permanencias relativas, procesos iguales, procesos semejantes, de este modo falsificamos los hechos verdaderos, pero sería imposible saber nada de nada, sin haberlo falsificado previamente".

(Nietzsche, *Tratados Filosóficos*, p. 281.)

El hombre por razones biológicas está obligado a pensar según el principio de identidad, porque necesita escapar de la contradicción para no verse envuelto en el Caos. Conocer implica imponerle al Caos formas regulares. Nietzsche afirma que nuestra necesidad práctica exige tal esquematización del Caos. Las categorías lógicas no son verdaderas en tanto reproducen las cosas en sí, sino en cuanto ordenan el Caos. Todo aquello que asegura la permanencia y con-

7 Hegel afirma que: "La carencia de contenido de las formas lógicas se encuentra más bien sólo en la manera de considerarlas y tratarlas. Cuando son consideradas como determinaciones firmes, y por ende desligadas, en lugar de ser reunidas en una unidad orgánica, son formas muertas, donde ya no reside el espíritu, que constituye su concreta unidad viviente". (Hegel, *Ciencia de la Lógica*, Ediciones Solar, Argentina: 1968, p. 45.)

sistencia es condición de vida, y por lo tanto necesario. "No podemos afirmar y negar al mismo tiempo una sola y misma cosa: este es un principio de experiencia subjetiva; no es una necesidad, sino solamente una imposibilidad". (V. P., p. 199.) Esta imposibilidad es una incapacidad de nuestro pensamiento mismo, subjetivo y nunca una intolerancia objetiva de parte del objeto a ser pensado contradictoriamente. Esta imposibilidad objetiva es aquello que Nietzsche entiende por necesidad.

Pensamos que el proyecto genial de Hegel, de dar cuenta por medio de la razón dialéctica del movimiento, no ha sido suficientemente valorado. No es nuestro asunto, en este artículo, pronunciarnos respecto del fracaso o éxito de esta empresa. Estamos ciertos sí, de la enorme utilidad teórica y práctica que implica observar la realidad histórica desde la dialéctica hegeliana. Nietzsche no creyó en las posibilidades de la razón dialéctica y en el terreno del conocimiento permaneció apegado al escepticismo kantiano.

Pero más que una crítica de la razón, encontramos en Nietzsche un ataque al instinto moral de verdad, que induce a una mala utilización de las herramientas lógicas. El hombre establece una relación moral con los principios lógicos, lo que los hace inservibles para el conocimiento del mundo real.

"El error de los filósofos está en que en vez de ver en la lógica y en las categorías de la razón medios para acomodar el mundo a fines utilitarios, se cree poseer el criterio de la verdad, es decir, de la realidad. El criterio de la verdad no era, en efecto, más que la utilidad biológica de un semejante sistema de alteración por principio, y atendiendo que una especie animal no conoce nada más importante que conservarse, tendríamos en efecto el derecho de hablar aquí de verdad. La ingenuidad consistía simplemente en tomar la idiosincrasia antropocéntrica por la medida de todas las cosas, como norma de lo real y de lo irreal, en resumen: en hacer absoluta una cosa que es condicionada. Y he aquí que el mundo verdad se escinde en dos partes: en un mundo verdad y en un mundo apariencia y, precisamente, el mundo en donde el hombre había imaginado, por su razón, vivir e instalarse, fue el que se empezó a desacreditar.

... El mundo deviene falso exactamente a causa de las cualidades que constituyen su realidad: el cambio, el devenir, los contrastes y las contradicciones, la guerra". (V. P. af. 581. p. 224.)

Es entonces la voluntad moral de verdad la que dificulta el conocimiento de nuestra realidad. Porque el mundo propio es siempre una realidad de contradicciones, de cambios, de muerte, de falsedad, y el hombre engeguedado por el deseo de verdad e incluso de bondad no puede sufrir el mundo real y niega lo que tiene enfrente. Las herramientas lógicas se constituyen entonces en lo contrario de aquello que deberían ser, y en vez de ser medios útiles de apropiación

ción y conocimiento de nuestro mundo, se convierten en medios destructores que condenan la realidad al afirmar: "esto no debería ser".

No hay que suponer entonces en la huida del propio mundo una actitud falsa e inmoral, sino, por el contrario, el deseo de que nuestros sueños se conviertan en realidad, la esperanza de poder encontrar un mundo verdadero y bueno.

Justamente por ello, Nietzsche sugiere la necesidad de ser menos morales en nuestra búsqueda de lo verdadero.

La segunda causa de la invención de dos mundos es el temor del cambio. El hombre se ha debatido a lo largo de la historia de la humanidad entre dos afectos contrarios, el anhelo del cambio y el deseo de que todo permanezca igual. Estos dos movimientos, de acción y reacción, hacen del hombre un ser activo o reactivo. Según Nietzsche, prevalece casi siempre la reacción, porque tiene mayor fuerza y poder. En *La Genealogía de la moral* asegura que el origen del Cristianismo tiene un sentido eminentemente reactivo. El esclavo enfrentado al aristócrata, a quien odiaba y envidiaba por su poder, habría dicho: "Ellos son malos, yo soy bueno". La propia afirmación surge de la negación de los otros, de aquellos a quienes se envidia. Y Nietzsche propone una transmutación de los valores, de modo que las nuevas valoraciones no surjan ni de la envidia ni del odio, sino del amor y de la aceptación de lo Propio.

La valoración que subyace en la oposición mundo verdadero/mundo falso es la negación del cambio. "Lo que ha sido más temido, la causa de los mayores sufrimientos, ha sido tratado con más saña por el hombre y eliminado del verdadero-mundo. . . . Han temido el cambio, lo perecedero. Ese temor es expresión de un alma deprimida, llena de desconfianzas y malas experiencias. . . Una especie de ser rebosante de fuerza vería con gusto precisamente las pasiones, lo irracional y el cambio en sentido eudemonológico, juntamente con sus consecuencias: peligro, contraste, muerte, etc.". (V. P. p. 220.) Se teme el cambio porque es símbolo de muerte. La insistencia nietzscheana respecto de la imposibilidad de separar la vida de la muerte es constante. Donde existe vida hay muerte. Negar una de ellas es negar también la otra. Es la dialéctica del ser y la nada, que tiene sus antecedentes en Heráclito y Hegel, y que busca expresar el devenir permanente. Leemos en Nietzsche: "Qué significa vivir: Vivir significa: rechazar sin descanso algo que quiere vivir. Vivir significa: ser cruel e implacable contra todo lo que en nosotros se hace débil y viejo, y no solamente en nosotros". (*El Eterno Retorno*, p. 65.)

Gilés Deleuze sostiene que Nietzsche habría leído muy bien a Hegel, y que al igual que Marx habría invertido la dialéctica hegeliana. "Si la dialéctica halla su elemento especulativo en la oposición y en la contradicción, en primer lugar, es porque refleja una falsa imagen de la diferencia. La dialéctica hegeliana consiste en la reflexión sobre la diferencia, pero invierte la imagen. Sustituye la afirmación de la diferencia como tal por la negación de lo que difiere; la afirma-

ción de sí mismo por la negación del otro; la afirmación de la afirmación, por la famosa negación de la negación".<sup>8</sup> Mientras el acento de la dialéctica hegeliana recae siempre en la contradicción, en la negación, en Nietzsche se busca la afirmación, la creación. Sostiene al igual que Hegel, que las viejas valoraciones llevan en sí mismas el germen de su propia destrucción, pero en vez de afirmar el carácter negativo de este proceso, acentúa la afirmación.

La tercera causa de la invención de un mundo verdadero es la voluntad de la nada. Lo importante para Nietzsche es qué relación se establece con las nuevas valoraciones; que ellas no surjan de una pura negación a la manera de "Ellos son malos, yo soy bueno" sino de una creación libre e inocente. No debe desprenderse de esto que la negación esté ausente del pensamiento nietzscheano; por el contrario, Zaratustra rechaza la afirmación incondicionada del burro, puesto que el que no sabe decir No, es una caricatura de la afirmación. El Sí dionisiaco sabe decir No, ya que establece lo negativo al servicio de la afirmación. Afirmar es creer, no llevar, aceptar, asumar.

Afirmar sigue siendo valorar, pero valorar desde una voluntad que goza de su propia diferencia, en lugar de sufrir el peso de ésta. Afirmar la vida no es cargarla con el peso de los valores morales, sino, por el contrario, crear valores que hagan de la vida "la ligera, la activa". El asno cree afirmar porque asume, pero asume únicamente los productos de lo negativo. El No surge en la transformación del camello en león. No ser más burro, no ser más camello, no anhelar la carga desmesurada, no aceptar ser esclavo. Aprender a decir: "No quiero". Pero el león carece aún de las libertades de la última transformación, sólo sabe negar, no conoce el juego del niño que se expresa con pureza y simplicidad en la inocencia del devenir.

Nietzsche distingue entre aquellos pueblos y hombres que sostienen interpretaciones que afirman su propia realidad y otros que formulan interpretaciones que la niegan. Su interés genealógico es justamente desenmascarar las valoraciones no expresadas de las doctrinas filosóficas, y en esta oposición estructural de dos mundos descubre una valoración que niega este mundo y que afirma lo ajeno.

¿Por qué no nos decidimos nosotros, profesionales latinoamericanos de la filosofía —porque este es un problema de decisión— a hacer de nuestro mundo el centro de nuestro interés y de nuestro compromiso? ¿Por qué no ponemos nuestros sueños en este mundo propio e intentamos superar las valoraciones morales y lógicas que nos lo muestran carente de interés? Nietzsche nos entrega una respuesta cuando afirma que:

"Un pueblo que está orgulloso de sí mismo, que está en los comienzos de su vida ascendente, imagina el hecho de ser otro

8 Gilíes Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Edit. Anagrama, Buenos Aires: 1971, p. 272.

como algo más bajo y de menor valor: considera el mundo extraño y desconocido como enemigo suyo, como su contrario; no experimenta ninguna clase de curiosidad respecto de lo que le es extraño y lo rechaza enteramente. . . . Un pueblo así no concedería que otro pueblo fuese el verdadero pueblo. . . . Una posibilidad de semejante distinción —tener este mundo— por el mundo de las apariencias y el otro por el de la verdad es ya un síntoma. . . . El instinto de cansancio de vivir y no el de la vida es el que ha creado el otro mundo". (V. P. p. 229.)

Es difícil pensar en el propio mundo cuando se nos ha enseñado a pensar en el mundo ajeno. Las preguntas que nos hacemos son las que otros pueblos, muy diferentes del nuestro, se han formulado frente a su realidad. Nosotros, los latinoamericanos, recibimos las respuestas sin habernos planteado jamás las preguntas correspondientes. Muy al caso son estas palabras de Zaratustra: "Me encontrasteis cuando todavía no os habíais buscado. Así hacen todos los creyentes, por esto la fe es tan poca cosa. (Así **habló** Zaratustra "La virtud generosa".)

El dogmatismo es el resultado de recibir respuestas sin haberse planteado previamente la pregunta. La libertad en el conocimiento surge de la espontaneidad y necesidad vital de la pregunta. Si la pregunta responde a un deseo real de saber, la respuesta es el resultado a ese impulso de libertad y por ello es abandonada cuando ya no sirve. Si no existe un preguntar real, la respuesta no es más que una estructura teórica y fija, una determinación del intelecto, que no cambia en nada mi vida, al contrario, su función es inmovilizarla. Los hombres y los pueblos han matado por defender sus respuestas a preguntas que nunca se han formulado. El que se plantea la pregunta sabe que su respuesta es una interpretación, una fe, una creencia, es consciente de su relatividad, lo que le permite aceptar la diversidad de interpretaciones.

Todo el pensamiento de Nietzsche es un llamado a la pregunta a la reflexión sobre lo más inmediato, sobre lo más próximo. La alegoría de la caverna insiste en la necesidad de que los hombres abandonen sus hábitos de oscuridad y esclavitud para aprender a mirar las cosas a la luz del sol. Nietzsche le reprocha a ese pensamiento el carácter metafísico de ese aprendizaje, que supone una desvalorización de lo inmediato en pro de lo inteligible.

Lo inmediato es todo aquello que se relaciona con nuestra existencia, con nuestro diario vivir.<sup>9</sup> Acostumbrados a mirar sin ver,

9 Leemos en Nietzsche:

"Cuando echamos una mirada alrededor nuestro, encontramos hombres que durante toda su vida han comido huevos sin advertir, sin saber, que los más alargados son los que saben mejor, que no saben que una tempestad es saludable para el vientre, que los perfumes son más olorosos en un aire frío y claro, que nuestro sentido del gusto no es el mismo en todas las partes de la boca, que toda comida en la que se dicen o se escuchan

por desprecio de aquello que tenemos enfrente, no sabemos ni siquiera cómo preguntarnos respecto de nuestra realidad. Aun ahora tiene vigencia la pregunta de Menón: ¿Cómo puedo conocer, si no sé lo que estoy buscando?

Algo sí tenemos claro, hay que buscar lo Propio. Pero con lo Propio sucede algo similar a lo que acontece con la Verdad, no es algo que esté allí y que haya que encontrar, sino que es algo que se crea, que se hace. Lo Propio es una realización permanente. Lo Propio surge en la pregunta por lo Propio.

Inquiramos, como sugiere Nietzsche, en lo más inmediato, en nuestra relación con la tierra, con el aire, con la cordillera, con el mar, con el tiempo, con los terremotos, con la historia, con el padre y la madre, con el otro, con el amor, etc. Y en estas preguntas, recordar nuestra pertenencia a Latinoamérica.

Hemos aplicado el análisis nietzscheano de los dos mundos a Latinoamérica con el propósito de entender la gran seducción que sentimos por lo ajeno y el gran desinterés que manifestamos por lo Propio. Estamos ciertos de que existen muchos otros factores que inciden sobre nuestra desafirmación de lo Propio.<sup>10</sup> Nuestro análisis nos ha permitido ver que la oposición de dos mundos surge, por

buenas cosas es perjudicial para el estómago. . . las cosas más inmediatas están mal vistas o mal estudiadas por la mayor parte de las gentes. ¿Y es esto indiferente? Pensemos, por último, que de esta falta nacen casi todos los vicios corporales y morales de los individuos: no saber lo que nos es nocivo en el orden de la existencia, en la división del día, en el tiempo y en la elección de nuestras relaciones, en nuestros asuntos y en nuestros recreos, en el mando y en la obediencia, en las sensaciones de la naturaleza y del arte, en el comer, en el dormir y en reflexionar: ser ignorantes en las cosas más mezquinas y ordinarias, es lo que hace a la tierra para tantas personas un campo de perdición. Y no se diga que aquí se trata como siempre de falta de razón entre los hombres; por el contrario, hay razón suficiente y más que suficiente, pero está guiada en una dirección falsa y artificialmente desviada de estas cosas mezquinas e inmediatas. Los sacerdotes, los profesores y la sublime ambición de los idealistas de todas clases, groseros y feos, persuaden ya al niño, de que se trata de otra cosa, de la salud del alma, del servicio del Estado, del progreso de la ciencia, o bien, de la consideración de la propiedad como medios de prestar servicios a la humanidad entera, mientras que las necesidades de los individuos, sus necesidades grandes y pequeñas en las veinticuatro horas del día, son, se dice, algo desdeñable e indiferente". (*Humano demasiado Humano*, Obras Completas, Aguilar, Buenos Aires, V. I. p. 562.)

- 10 En este análisis hemos dejado fuera el ser mestizo del hombre latinoamericano. Desde Vasconcelos hasta hoy, este ser mestizo latinoamericano en su peculiar manera ha sido valorizado y destacado como una propiedad nuestra. Sin duda que refuerza y condiciona nuestra manera concreta de concebir los dos mundos, pero su inclusión rebasa los límites de este trabajo, que sólo quiso mostrar en general cómo el modelo nietzscheano de la invención de dos mundos ayuda a dirigir la decisión filosófica hacia lo Propio latinoamericano.

una parte, de una relación moral con la verdad y las categorías lógicas y, por otra, del temor del cambio. Señalamos lo importante que es entender este anhelo de un mundo mejor y más verdadero como un deseo equivocado de bien, que pone nuestras esperanzas en lo ajeno y niega lo Propio. Luego evidenciamos la necesidad de que los pueblos sostengan interpretaciones que afirmen su mundo; que estas afirmaciones no surjan de una negación de los otros, sino de la valorización de lo Propio. Por último, sólo podremos empezar a crear lo Propio si aceptamos, asumimos y amamos aquello que somos.